

Eco de Bilbao

(Semanario ilustrado)

num. 1.

domingo, 22 de octubre

A-86 1893



A-86 EN PAGAZARRI.

De todas partes de Bilbao se ve las cimas peladas del Pagazarri encaramadas sobre los desnudos peñascos blancos de San Roque, incitantes para todo enamorado de la libertad, del aire y del cielo.

El que sintiéndose con fuerzas desea en un día sereno gozar de un solemne panorama y ver en plano de relieve toda la ría y abra de Bilbao, debe subir á Pagazarri, seguro de que allí arriba, si sabe aprovecharlo y abrir el alma á la naturaleza y el pecho al aire de Dios, se le pagan con creces las dos horas largas de ascensión.

Esta en sí es ya un placer, no sólo por la variedad de paisajes que van desenvolviéndose á medida que se asciende, sino también por la satisfacción íntima que proporciona el darse cuenta, paso á paso, del progreso del ascenso, por la incesante aparición de nuevos términos y perspectivas que preparan el gusto de la visión final, y sobre todo por el íntimo deleite de desplegar energía para dominar al coloso. ¡Intenso placer encorajinarse en domar la cresta del gigante, decirle «pronto te hollaré,» desear la altura!

Se llega al cabo á la meta, á un trono del aire libre, y allí se escapa del pecho un hondo suspiro de triunfo y de vida y se tiende la vista ávida por toda la extensión del contorno. Por de pronto el triunfo envanece. Es cosa, en efecto, de observación cotidiana, y que arraiga en la vanidad del hombre, que éste, subido en zancos, se cree mayor que los demás. A cuantos se indignan de los deberes igualitarios, temiendo por sus cabezas, se les puede aconsejar que se apeen de los zancos y no tengan cuidado. Desde la cima de Pagazarri el espíritu escupe á Arraiz y Arnótegui como desde este se desprecian las alturas de la humilde cordillera de Archanda; allí cree uno poder hombrarse con los gigantes de Vizcaya, que en vasta congregación le rodean.

Repujada en el cielo se dibuja la cabezota chata de Gorbea sobre un diadema de peñas desnudas, como las de Mañaria, que cierran la vista á izquierda de aquél, dejando asomar la cresta puntiaguda del legendario Amboto, y luego le alzan las anchas espaldas de Oiz, Sollube, Yata, de cabeza de borona. y al otro lado del abra, en que se muestra el mar, Serantes cónico, reproducido en el Montañó, las elevadas lomas de Triano y luego el pico de Erezala, tras cortina de niebla, y cuando el espectador siente crecerse, allí cerca, casi al alcance de la mano, al otro lado de la barranca frágosa de la falda de allá del Pagazarri, *hayal espeso*, Ganecogorta pelado parece venirse con desprecio encima del enano envanecido en sus gigantescos zancos.

Al un lado un barranco sombrío, cuajado de árboles, encañadas oscuras y perspectivas sombrías; al otro lado se abre el valle de Bilbao. La villa parece un puñado de tejados á orilla de la cinta de plata del Nervión, velada á trechos por el humo. Mas el valle y las riberas de su ría nada son junto á la solemne asamblea de montañas.

He tenido ocasión de ver todo esto en día en que una niebla baja se recostaba sobre los valles sin alcanzar á las cimas. Parecía un mar vago, fantástico y de otro mundo, en que flotaban acá y allá islotes montañosos entre golfos profundos, y en el fondo del mar una ciudad sumergida. La línea indecisa y vaga, su blancura vaporosa y transparente le daban aspecto de un mar de otro mundo más etéreo. Un compañero no dejó de observar que si eso se pintara, lo tendrían por mentira y cosa de escuela ó extravagancia los que se fatigan en subir hasta Begoña y se creen depositarios del sentido de la realidad porque viven en ella, aunque no ella en ellos.

Son los paisajes como la música, que nos lleva dulcemente al país de los sueños informes, de las ideas inefables, de las representaciones incorpóreas, donde se alza del lecho del alma en extraño concierto de ideas olvidadas y sentimientos adormecidos todo el riquísimo mundo subconciente, de ordinario poderoso con el poder del silencio, mundo de trama tan complicada é infinita como el de la realidad, mundo que

se despierta y se revela al hombre mostrándole los tesoros escondidos en su espíritu. Por debajo de las ideas formulables, de los recuerdos figurales, de las representaciones corpóreas y los sentimientos expresables, llevamos un mundo vivo, el reflejo del alma de las cosas que cantan en silencio.

En las obras del arte divino y puro, el reflejo de ese mundo misterioso escondido en el alma del artista y hallado por él en ella con labor paciente, imagen más real del mundo real que la que nos da la conciencia ordinaria, nos revela el alma de las cosas de fuera en matices y formas que por su inutilidad práctica no vemos.

Desde la altura de Pagazarri contemplaba á lo lejos, quieto y silencioso, al mar inquieto y bullanguero junto a las montañas silenciosas y quietas. Antes de acabarse el hombre pelearon guerra turbulenta los elementos, el aire, el fuego, el agua y la tierra, para distribuirse el imperio del mundo, y la guerra continúa lenta, tenaz y silenciosa. El mar, gota á gota, y segundo por segundo, socava las rocas, envía contra ellas ejércitos de animalillos que nutre á sus pechos para que las carcoman, y de sus despojos y los despojos de estos mulle su lecho, á la vez que los torrentes de las nubes, sangre de su sangre, desgastan á las altivas montañas y van rellenando los valles con tierra de aluvión. El elemento nivelador é igualitario, el que recorre, como el mercader que lo surca, las tierras todas, vivo porque en su seno reobran el calor del trópico y el hielo del polo, mina la altivez de los viejos y muertos montes, encadenados al lugar en que nacieron. Desde la cima del Pagazarri no veía alzarse sus olas ni oír su canción, comprendiéndole en aquella aparente quietud marmórea tan sentado y firme en su lecho como las montañas en sus raíces de piedra. Y volviendo la vista á éstas, que defienden y abrigan á los pueblos, dividen las razas y naciones, distribuyen entre ellas las aguas mismas que las consumen, embellecen y fecundizan los valles, me perdía en largas divagaciones en torno á las luchas é invasiones de las gentes y á la fraternidad de todos



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

1.5.2.43
sigue (1-86)

los hombres, para llegar á pensar en esta nuestra Vizcaya, donde unos de sus hijos abren con su laya y riegan con su sudor la tierra de la montaña, arrancan otros su pan al mar, y otros lo surean á lejanos países, y pensaba en la sangre aquí derramada por guerras, en cuyo fondo aparece no poco del choque del espíritu del mercader con el espíritu del labrador, del hombre del mar y la ambición con el de la montaña y el ahorro. Tales choques producen la vida, como el de los hielos del polo y los calores del trópico en el Océano, y la vida necesariamente lleva consigo tempestades y galernas.

La vida misma es una tempestad más ó menos remitente, con horas de calma, y entre ellas, las más hondas y más puras, las horas de calma en la montaña. Tendido en su cresta, descansando en el altar gigantesco, bajo el azul infinito, el tiempo, engendrador de cuidados, parece detenerse. En los días serenos, después de puesto el sol, se dibuja la lontananza, las montañas teñidas de azul y violeta, que sostienen la bóveda celeste, tan clara y nítida, tan cercana como la mata de argoma ó brezo al alcance de la mano; las diferencias de distancia se reducen á diferencias en intensidad y calidad de tonos, la perspectiva á infinita variedad y trama de matices, parece que se puede tocar lo más lejano, aquellas crestas á tantas leguas de distancia. Todo se presenta entonces en un plano inmenso, y esta fusión de términos y perspectivas del espacio, nos lleva poco á poco, en el silencio que allí arriba reina, á un estado en que se funden los términos y perspectivas del tiempo. Se olvida uno del curso de las horas, y en un instante que no pasa, eterno, se siente en la contemplación del inmenso panorama lo hondo del mundo, la continuidad, la unidad, la resignación de sus miembros todos, y se oye la canción silenciosa del alma de las cosas de fuera. Los montes son entonces parte del cielo. en que se dibujan repujados, y el aire aromático y fresco parece venir á la vez de la tierra verde, de los montes de violeta y del cielo azul trayendo la frescura de sus tintas y la sutileza de sus líneas, y siendo consustancial con ellas.

Pero aún se va más lejos. Por fin las ideas se callan y aquietan, los cuidados se borran, como que se desvanece el contacto del cuerpo con la tierra, y el peso de aquél se disipa, el espectador se olvida y arranca de sí mismo, se pierde y enajena en el espectáculo, la comunión íntima entre el mundo de fuera y el escondido en el pecho del alma, que se despierta entonces, llega á la fusión de ambos, el inmenso panoramá y nosotros somos uno y el mismo, y en el silencio solemne, en el aroma libre, en la luz difusa y rica, extinguido todo deseo y cantando la canción silenciosa del alma del mundo, gozamos de la paz viva y verdadera, de una como vida de la muerte. ¡Cuántas cosas entonces que no se expresarán nunca! ¡Qué de nubes rosadas en cielo de oro que jamás se han de pintar!

Se baja de la altura pesaroso y se lleva después por mucho tiempo en el espíritu, el calor reactivo de la frescura de aquella hora santa y el eco de la canción silenciosa del alma del mundo, y cuando parece haberse disipado todo al sumergirnos en los cuidados de la vida, aún aquel aroma, en lo más hondo del mundo misterioso que duerme bajo la conciencia, puede refrescarse y embalsamarnos, y resonar de nuevo el canto eterno cuando una nueva evocación los vivifique.

MIGUEL DE UNAMUNO.

En Bilbao, Setiembre de 1893.

69
Eco de Bilbao

núm. 2

domingo, 29 de octubre
1893

1-87

LA JUVENTUD

Y LOS CARGOS PÚBLICOS

I

En cuanto en un pueblo empieza á despuntar un mozo y darse á conocer por su despejo ó aplicación, parece que todo el mundo vuelve simpáticamente los ojos hácia él y desea animarle en su carrera. Es una especie de ternura paternal la que despierta en sus convecinos.

Un pueblo, puede considerarse como una gran familia que, como ésta, tiene sus tradiciones, su hogar, sus hijos por nacimientos, por afinidad y por adopción, su espíritu íntimo. El movimiento de simpatía hácia el jóven de esperanzas, es algo como un sentimiento familiar en que van implicados dos deseos; uno más generoso, de abrirle camino; y otro, no tan desinteresado, pero justísimo y muy natural, de aprovechar sus aptitudes. Se le ayuda en la expectativa de gozarse un día el pueblo todo, en el provecho que adquiriera para sí y el que al pueblo procure y aún en la gloria que pueda proporcionarle.

Para satisfacer tan nobles deseos, no se ocurre otro medio que entregar al jóven el manejo de los intereses públicos para *ver lo que hace*. De tan equivocado concepto, respecto á cómo debe ayudarse á los jóvenes y, sobre todo, de tan desastrada idea de lo que son y para qué deben servir los cargos públicos, se originan no pocos males.

Un primer error es suponer tácitamente que el mejor modo de aprovechar las aptitudes de un joven de esperanzas, es colocarle en un cargo público, error á que la juventud corresponde no pocas veces estropeando sus facultades y desviando su más eficaz misión, por meterse en los enredos de los que se llaman partidos políticos. Raro es el que no claudica y cae en las continuas insinuaciones para que se encasille en un partido político, y raro es el que no lo hace de golpe y porrazo, con la desastrosísima educación que, respecto á los negocios públicos recibimos, y con las ideas confusas, vagas é incompletas corrientes en los credos políticos.

Si el joven, así embarcado en los negocios de la administración pública, pierde muchas veces en ello su tiempo, su verdadera vocación y su prestigio, como no vaya á medrar en cierto sentido, ó á buscar novia, porque de todo se vé en este mundo, si este joven decimos, pierde con la conducta del pueblo para con él, no puede perder menos el pueblo mismo.

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

CRÉDOS.USALES

